



Pedro VÍllora

teatro

El juglar del Cid

Pedro VÍllora

El juglar del Cid

Mención Especial del III Premio El Espectáculo Teatral

Colección de Teatro
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Pedro Manuel Vílora Gallardo

De la edición: © Ediciones Irreverentes
septiembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

editor@edicionesirreverentes.com

ISBN: 978-84-96959-44-6

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Imprime Publidisa

Impreso en España.

Prólogo.

Pocos han merecido el favor de la historia como Rodrigo Díaz de Vivar, *El Cid*. Los guerreros de aquel mundo inestable de las taifas amenazadas por cristianos y almorávides se pierden en una confusión de polvo, sudor y hierro; sus rostros pasan como el agua, igual que los placeres y la vida en el poema de Jorge Manrique. De la inmensa mayoría apenas si conservamos el nombre. Del Cid, su odisea de viento, oro y sangre.

Como otros muchos capitanes de fortuna de su época, Rodrigo Díaz de Vivar fue un mercenario que sirvió igual a cristianos que a musulmanes hasta lograr amasar un enorme patrimonio y convertirse en señor de reinos y regiones. Después de su destierro, en medio de un mundo de violencias y de cortesanas, *El Cid* también descubrió que Dios y Alá eran las dos caras de una misma divinidad. Pero a diferencia de los otros soldados de frontera de su tiempo, al Cid no le atañe el sepulcro, sino la alta claridad de la leyenda. Su muerte en Valencia (1099), un islote cristiano en los dominios musulmanes, a trescientos kilómetros de la orilla más próxima del reino castellano, es la apoteosis que cierra una vida, la real, la del ser de carne y hueso, la histórica, y abre otra, la del héroe exaltado en la memoria anónima del pueblo, la del conquistador que se funde con los campos de Castilla, un paisaje que suscita apariciones de guerreros medievales del mismo modo que el desierto africano inventa espejismos de agua y de ciudades.

El responsable de esta transformación fue el poeta anónimo del *Mío Cid*. Lejana ya la época del personaje de sus versos – más de un siglo separa al héroe del cantor de sus hazañas –, en una lengua balbuceante, un romance aún sin bruñir, este misterioso poeta reconstruyó el rumor de las andanzas y combates de Rodrigo Díaz de Vivar para enseñar por plazas y mercados la forma más noble de fidelidad a los reyes. La voz de este poeta, si sabemos escucharla, no es tan sencilla como podría parecer en

un principio: es una voz parecida a la de Homero, pues también él recoge la materia de su poema de los labios del pueblo y la transforma según el gusto de su tiempo... es una voz similar a la de Virgilio, ya que sus versos también representan el espíritu de una época y sirven para exaltar el poder de un rey, Alfonso VIII de Castilla, en vísperas de la batalla de las Navas de Tolosa (1212).

A comienzos del siglo pasado, Azorín no necesitaba grandes esfuerzos para dibujarse la figura de este poeta y el medio en que vivió y escribió sus versos. Azorín imaginaba un pueblecillo castellano, de callejuelas tortuosas, sencillas, y perdido entre los labriegos, aparte de todos, ignorado de todos, veía un hombre caminando hacia una iglesia, paseando por el campo, encerrándose en una casa largas horas para escribir un poema poblado de guerreros.

“No es pobre este personaje” piensa Azorín, “tiene unas tierras; vive con cierta holgura... En su casa tiene un ancho patio; y unos gallos diligentes y petulantes le avisan todos los días la hora en que va a romper el alba”.

Azorín pensaba en un poeta que escribe apaciblemente en una casa de un tranquilo pueblo castellano. El que puebla las páginas de este libro no puede ser más diferente, pues Pedro Manuel Villora ha imaginado un cantor que acompaña al Cid en sus andanzas y anota las aventuras del guerrero castellano; un juglar medio hebreo, medio árabe, medio cristiano y medio actor que sabe todas las palabras y todos los relatos del mundo; un ser mítico que canta todo lo que ha sido, todo lo que es y todo lo que será, y que, al seguir a Rodrigo Díaz de Vivar y popularizar sus hazañas, hace que aquello que fue una vez vuelva a ser, infinitamente. Si cerramos los ojos, podemos verlo siguiendo a los guerreros en sus briosos caballos, corriendo por los campos, teniendo fieros encuentros... Y aunque no todo es verdad en lo que relata este juglar, en su canto queda el pulso guerrero del Cid, el paso sonoro de los días que motivaron el poema, su figura ejemplar, sus armas eficaces, sus palabras como valiosas monedas, y esa decisión de vencer que conduce, sereno, al guerrero contra los enemigos... allí donde habitan los héroes de leyenda.

Gracias a *El juglar del Cid* de Pedro Manuel Villora sabemos mucho más de nuestro primer héroe literario-histórico nacional y, en consecuencia,

de una España que alborea con el paso solemne de Castilla. La Historia ha venido a traer naciones y ¿qué quiere sino que convivan en mansedumbre? Ella nos ayudará a afrontar la realidad de España, tantas veces desconocida porque nos la han contado mal o porque no nos la han contado. Ahora se ha acercado a ella con brillantez y originalidad Pedro Manuel Vállora y por eso lo celebro con la voz de Cervantes cuando dice: “Una de las cosas que más debe dar contento a un hombre es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes impreso y en estampa”. Buen nombre tienes, Pedro Manuel, pero acaso gracias a tu juglar del Cid mucho mejor lo tengas en adelante.

Fernando García de Cortázar

A Juan Manuel Cifuentes,
por la idea, la confianza y el entusiasmo

La compañía Tcure Teatro estrenó *El juglar del Cid*¹ el 4 de julio de 2008 en el Claustro Mudéjar de Chinchilla dentro del XIII Festival de Teatro Clásico con el siguiente reparto:

Hamete: Juanma Cifuentes

Juglar²: Israel Ruiz

Composición musical: Jorge Cubillana

Espacio sonoro: Raúl Campos Nieto y Javi Gorostiza (Salieri)

Diseño de iluminación: Toño Camacho

Diseño de vestuario: Josep Ahumada

Ayudante de vestuario: Petra Porter

Diseño de escenografía: Salto Mortal

Bocetos: Patricia Muñoz (Uriel)

Diseño gráfico: J.M. Alarcón y Alberto J. Ortiz

Producción ejecutiva: Oriol Subirana

Distribución: Maribel Mesón

Producción y gerencia: José Miguel Alarcón

Dirección: Juan Manuel Cifuentes

¹La puesta en escena de *El juglar del Cid* no tiene por qué utilizar todo el texto publicado. Es deseo del autor que los actores se sientan libres de cortar e improvisar.

²Aunque *El juglar del Cid* se presenta como un monólogo, para su estreno se incorporó la figura de un segundo juglar, un ayudante que acompañaba a Hamete y le servía de interlocutor.

CANTAR PRIMERO:
EL DESTIERRO

Escena 1: Presentación.

Salam aleikum, aleikum salam. Salud también a vosotros, cristianos biennacidos o gentes que habéis decidido no creer en nada, lo cual no deja de tener su lógica en tiempos como estos donde las costumbres cambian a una velocidad demasiado grande y difícil de seguir. Tan veloz que a pocas generaciones he admirado tanto como a aquellos que hoy tienen, qué voy a decir, sesenta, setenta, ochenta años acaso. A vosotros se os exige más que a nadie: que renunciéis a las creencias y hábitos en que habéis sido educados y que aceptéis sin discusión ni transición las de los jóvenes a quienes vosotros habéis criado pero que tan distintos son de vosotros. Vuestra situación es una novedad, y no seré yo quien juzgue si buena o si mala, porque ni me va ni me viene; pero sí puedo constatar y constato que nunca, nunca, ha habido tanta distancia mental entre dos o tres generaciones tan próximas.

Salud, repito. Salam aleikum, aleikum salam. Que aquello que queráis lo tengáis y que aquello que tengáis igualmente lo queráis, tal es mi deseo y con eso doy por terminado mi saludo ya. Saludos, salud.

Si quiero daros la bienvenida no es por mera cortesía, que también, sino porque pudiendo no estar aquí, sin embargo lo estáis. A mí, que soy más viejo que todos vosotros juntos pero desde luego no más sabio, no deja de sorprenderme que siga habiendo gente que pague, si paga, por venir a escuchar las historias de otros en lugar de vivir sus propias historias. Venís porque queréis que os cuente algo, y no sabéis cuánto os lo agradezco, pero pensad en todo lo que perdéis mientras estáis aquí, pensad en todas las otras cosas que podríais estar haciendo: beber una copa o dos en honor de un

amigo, engendrar un hijo en la mujer que os acompaña o incluso, y sin duda eso es lo peor, ir a otro lugar semejante a este para que otro juglar parecido a mí os cuente otra historia similar a la mía y tal vez mejor. En lugar de todo eso estáis aquí, conmigo. ¿Entendéis por qué tengo motivos para, más que un saludo, daros las gracias?

Los juglarillos más jóvenes, cantores y actorcillos recién salidos de las escuelas, tienden a creer que el público, vosotros, tenéis la obligación de estar ahí y permanecer quietos, silenciosos e interesados hasta el final. Vano error del que pronto la experiencia los saca. Enseguida se dan cuenta de que no sois vosotros los obligados a atender, sino ellos, nosotros, los necesitados de interesar. Si no me esfuerzo en hallar una historia atractiva y exponerla ante vosotros de la mejor manera posible, ¿cómo voy a pretender que permanezcáis sentados durante una hora o dos y no os marchéis hasta después de aplaudir desafortadamente y sin ánimo de pedir el libro de reclamaciones y exigir la devolución del importe de la entrada?

Es una cuestión de experiencia, y si algo tengo yo es precisamente eso, experiencia. Me he pasado una y mil vidas inventando historias para entretener a la gente, y si alguna vez me he visto en la encrucijada de tener que echar mano de las historias de otros, lo he hecho también. Las historias deben pasar de mano en mano, de boca en boca, hasta que llegue un momento en que se olvide del todo el nombre de su autor, se confunda, parezcan anónimas y, lo mejor de todo, formen parte del acervo popular. Cuando un poema, una canción o una historia pasa a ser patrimonio de un pueblo y no de un autor, es entonces cuando bien puede decirse que ha alcanzado la perfección.

Para mi fortuna, muchas de mis historias ya no son mías aunque un día saliesen de mi cabeza. Pienso en los cuentos que imaginé en mis mil y un viajes por Oriente, cada vez que iba a visitar la India donde poco a poco fui dando forma al *Ramayana* y al *Mahabbaratha*, según tuviese el día con inspiración más sensual o bien más violenta. Pienso cuando supe en Babilonia de la amistad entre Gilgamesh y Enkidu y su búsqueda desesperada de la inmortalidad, y me decidí a contarla. Pienso en cuando observé la cólera de Aquiles contra los troyanos y quise que se supiese, o en cómo acompañé a

Telémaco en la búsqueda de su padre e intenté dejar constancia de las aventuras que nos sucedieron o que acaso nos podrían haber sucedido. Pienso en cuando tuve la visión del príncipe Sigfrido venciendo a los Nibelungos, de los amores de Tristán e Iseo, del desdichado Kullervo esclavizado en Finlandia, de Beowulf derrotando a gigantes y dragones, de Arturo protegido por Merlín y traicionado por un Lancelot amante de Ginebra. Pienso en cuando vi a Roldán pereciendo en Roncesvalles...

Roldán... Desde que estuve en Ítaca con Ulises no había vuelto a contar nada tan cercano a la verdad, mucho más real que cuando me entretuve en pergeñar la suerte de Eneas. En los más de mil quinientos años que pasaron entre la muerte del más astuto de los troyanos y la del sobrino de Carlomagno, gran emperador de la cristiandad, me dediqué a cantar, a bailar, a actuar un poco aquí y otro poco allá, al amor, a la risa, otra vez a la risa, otra vez al amor... Y a inventarme historias fantásticas y complicadas, desde luego, pero no volvía a fijarme en un hombre real.

¿Por qué Roldán? ¿Por qué él y no Alejandro, Julio César o mismamente su tío Carlomagno? ¿Por qué no el bravo Viriato o Aníbal el invencible? ¿Por qué Roldán? No lo sé. Al fin y al cabo Roldán fue sólo un hombre sin importancia, y si aún lo recordamos es porque tuvo la suerte de que alguien, acaso yo, se fijase en él y cantase su gesta. Fue todo un reto para mí: convertir en héroe a quien nunca lo fue. No me salió del todo mal, juzguen ustedes. De todos modos, no es de Roldán de quien quiero hablar hoy. Si lo recuerdo ahora es únicamente porque gracias a él cogí fuerzas para enfrentarme con Rodrigo.

Rodrigo... El Cid. Te debo tantas cosas! Al menos tantas como me debes tú a mí.

Conocí a Rodrigo en mi tierra, la que entonces y hoy llamamos La Mancha. Porque yo, servidor de ustedes, soy manchego, y para aquel que no me conozca, que será la mayoría, sépase que respondo al nombre de Cide Hamete Benengeli, aunque respondo también simplemente por Hamete y no respondo de mí cuando oigo que algún atrevido me llama Berenjena. Benengeli, sí; Berenjena, no. Cide Hamete Benengeli, para servir a Alá, a Jehová, a Dios y a quien sea que ahora esté en su lugar.

Hamete, o sea, yo, estaba sentado tranquilamente cuando vi pasar a Rodrigo camino de Al-Andalus, y tranquilamente sentado estaba cuando vi a Rodrigo regresar. ¿Que dónde estaba yo, o sea, Hamete? Lo he dicho ya: en La Mancha. Para el que sepa lo que esto significa, no hay nada que explicar; para el que no, voy a entretenerme en explicarlo un poco.

Ser de La Mancha es como estar en medio de todo y no ser el centro de nada. ¿Se entiende, verdad? Es lo que tiene la falta de pretensiones y ringorranos. Es más, el sitio del que soy y vengo se llama Al-Basit, o séase, la humilde, la blanca, la sencilla. Pues toda La Mancha es igual, que para algunos se pasa de puro humilde pero tengo yo para mí que precisamente aquí es donde radica su encanto. Nosotros los manchegos nos hemos acostumbrado a ser tierra de paso. Todo el mundo nos atraviesa para llegar a un destino que siempre es otro y por eso aquí nadie se detiene. Alguien dirá: «¡Oh, qué pena! ¡Qué región tan poco apreciada y a lo mejor tan despreciable!». Para nada, para nada. Al revés: Qué envidiable la posibilidad de conocer gente de todas partes sin las molestias de salir de casa!

Esto de las molestias lo digo porque con mi oficio de rapsoda, juglar, trovador, intérprete y lo que se tercié, sí que me he recorrido el orbe conocido y hasta el desconocido, de Indonesia a Islandia, ida y vuelta. Pero por eso mismo sé lo agradable que es pararte a descansar un siglo o dos, y nada mejor que un buen patio manchego con su botijo y su parra.

A lo que iba, que La Mancha tiene una suerte que no tienen esos lugares que son objetivo de gobernantes y conquistadores: que, al tener que pasar todos por aquí, terminas conociendo la gente más diversa y descubres que hasta los enemigos más encarnizados son en el fondo iguales. En cuanto les rascas un poquito entre porrón y bota, todos vienen a decir lo mismo: que viajan porque tienen que viajar, pero que como su tierra no hay ninguna. El uno te describe sus campos de almendros florecidos, el otro te elogia sus valles entre montes verdes, aquel sus ríos caudalosos, este sus playas doradas, el de más allá la pureza de su cielo, alguno los frutos de sus huertas. Y todos, todos, la belleza de sus mujeres, que serán pobres pero son honradas, porque hombres y mujeres como los de su pueblo, su comarca o su región no los hay en parte alguna.

Eso los sabemos los manchegos acostumbrados a escuchar: que todas las diferencias se difuminan a poco que te fijas. Por eso no es del todo fácil encontrar un manchego que presuma de no ser extremeño, andaluz o murciano. ¿Presumir de no ser como el otro cuando respiras el mismo aire y te rascas las mismas partes?

Así que estaba yo, o sea Hamete, en un lugar de La Mancha que no diré porque no me apetece y porque así creo intriga, cuando un día vi pasar a Rodrigo. De entrada, no me llamó la atención. No era más que otro de esos caballeros rodeados de soldados que en aquellos tiempos solían moverse de un lado a otro sirviendo lo mismo a su rey que al de enfrente. Y abro aquí un paréntesis para decir que sobre esta cuestión ya me extenderé más tarde, que ahora no quiero apartarme de lo que realmente importa, o sea, Rodrigo.

Ya digo que el muchachote aquel de treinta y pocos años se había parado con los suyos en la misma aldea donde pasaba yo unos meses de holganza después de haberle puesto final a la primera versión de mi *Roldán*. En cuanto vi cómo aquella veintena de hombretones entraba en la misma posada donde acababa de tomar la segunda o tercera comida del día, entendí que por unas horas se terminaba la tranquilidad en aquel sitio y me salí con la frasca al patio, me senté debajo de una higuera que tenía la virtud de ahuyentar tanto avispas como moscas, y me saqué del bolsillo un par de cancioncillas que tenía medio bosquejadas a fin de concluir las y memorizarlas.

Andaba yo enredado con alguna rima consonante, que siempre es más difícil que asonante y por eso mismo es de más poeta, cuando me sobresaltó una voz: «¿Sabes leer?» «Sé leer lo que me gusta –respondí-. O sea, lo mío y alguna cosilla de los demás que no sea del todo mala».

Rodrigo, que no era de muchas entendederas pero tampoco tonto, necesitó pocos segundos para darse cuenta de que en realidad no le había respondido sólo que sí sabía leer, sino que además era capaz de componer textos. «Pinta de monje no tienes –me dijo a pesar de mis muchas carnes-, ni tampoco de trovador –añadió siguiendo el falso tópico de que los trovadores sólo pueden ser nobles, elegantes, espirituales y alelados-. Sin duda eres juglar» –concluyó sonriendo y dejando ver lo satisfecho que estaba por su ejercicio de deducción, más bien simplón por otra parte.

No quise entretenerme y dictarle una lección sobre las diferencias entre rapsodas, poetas, vates, trovadores y juglares, porque para eso estaba de vacaciones. Pero ya puestos quise sacar algún provecho de la interrupción y le dije: «Precisamente ando ahora con una letrilla que no sé si me convence y necesito de alguien que me dé su opinión. A ver qué le parece».

Muestra la aurora que vienen de oriente
hombres valientes del dios musulmán.
Dan sus regalos al rey no creyente,
miran de frente, saludan, se van.

Piensa en su esquina el hebreo prudente
tantas riquezas qué réditos dan.
Y el rey cristiano le dice a su gente:
joyas de adorno mejor servirán.

Al oír la letrilla, me preguntó Rodrigo: «¿Eres judío o moro?» «Medio hebreo, medio árabe, medio cristiano y medio actor –contesté-. Medio de todo pero nada entero». Rodrigo me miró pensativo y mesándose la barba, y volvió a preguntar: «¿Sólo sabes canciones sueltas? ¿Nunca te has atrevido con nada más extenso?».

La verdad es que podría haberme remontado a mis orígenes, pero me pareció demasiado presuntuoso, así que me centré en mi última producción: «Precisamente acabo de darle forma a la historia de aquel muchacho del norte que murió en Roncesvalles», le dije, y aproveché para recitarle algunos pasajes de mi *Roldán*.

A Rodrigo no le impresionó: «Termina mal». «Todas las historias terminan mal –repuse-. Al final el héroe siempre se muere, las herencias se reparan, los territorios se dividen, los pueblos que estaban unidos se separan, los hermanos se levantan contra los hermanos, las diferencias resaltan más que las semejanzas y el orden entero camina hacia su destrucción».

Reconozco que me exalté, pero Rodrigo no mostró ninguna emoción ante mi discurso. A los pocos segundos de terminar yo, me soltó: «La mía, no». «¿La suya?». «Mi historia. Mi historia no va a terminar mal. Yo voy a forjar una unidad de destino en lo universal».

De las muchas extravagancias que habré oído en mi larga vida, esa no fue de las menores. Una unidad de destino en lo universal! ¿Qué sería eso? ¿De qué carne estaba hecho el hombre capaz de hablar así? No pude menos que preguntarme y preguntarle quién era y qué hacía allí, en aquel hermoso, remoto y perdido lugar de La Mancha. «Voy a Córdoba y Sevilla a cobrar las parias de mi rey don Alfonso».

Un modesto cobrador de parias o, mejor dicho, un no tan modesto cobrador de parias hablando de destino universal! A su edad, a Alejandro ya le había dado tiempo de ser Alejandro Magno, construir su imperio y morir, pero Rodrigo no había pasado de cobrar las parias para su rey, oficio muy honroso pero no comparable al de conquistador, y mucho menos suficiente para sostener en él algo tan complejo y enrevesado. Es lo que antes decía de La Mancha: que terminas conociendo a la gente más rara sin moverte de casa.

Rodrigo se marchó con los suyos a Córdoba y Sevilla y pasaron bastantes días e incluso algunas semanas sin que volviese a saber nada de él. Mientras tanto, cogí de nuevo mi *Roldán* y lo revisé. Resonaba en mí esa observación de que terminaba mal y, aunque le había quitado importancia cuando Rodrigo lo comentó, pues al fin y al cabo no era hombre de letras y ni siquiera crítico literario, me preocupaba que el común de los mortales pudiese sentir lo mismo y mi *Roldán* terminase tan olvidado como otras obras que he compuesto y cuyos títulos no pienso revelar.

Estaba intentando quitarle algo de estatismo y hacerlo más dinámico y ameno cuando Rodrigo regresó, y con él sus hombres, sus caballos, más caballos aún y una reata de mulas bien cargadas. Se notaba que las parias habían sido cobradas, y así se lo advertí a Rodrigo tras saludarlo y mientras lo acompañaba al río para refrescarse y darse un baño.

A todo esto, me doy cuenta de que llevo un rato hablando de parias y no sé muy bien si eso se entiende hoy día. No me refiero, claro está, a la más marginal de todas las clases sociales de la India, apartada incluso del sistema de castas. En 1079 (¿he dicho ya que mi encuentro con Rodrigo tuvo lugar en el año de vuestro Señor de 1079?), las parias eran los tributos que los príncipes de las regiones musulmanas de España pagaban a los

reyes cristianos en reconocimiento de su superioridad y como gratitud por su protección.

Según Rodrigo, primero habían llegado a Córdoba, visitaron a su rey y quedaron en que, para no ir cargados, sus hombres recogerían las parias a su regreso de Sevilla. Hasta aquí nada especial. Un par de días después, fueron recibidos en Sevilla por el rey Al-Mutamid, quien le comunica que acaba de llegarle el aviso de que su mortal enemigo, el rey de Granada, está preparado para atacarle. Hermanos cristianos contra hermanos cristianos, un rey musulmán contra otro rey musulmán. Da igual el norte que el sur de España: en cualquier sitio la misma situación.

O no la misma. Puesto que el cristiano Rodrigo tenía que defender a Al-Mutamid porque para eso estaba bajo la protección del rey Alfonso, que era a su vez, y aquí viene lo bueno, protector del rey de Granada, quien le tributaba no menos parias que el rey de Sevilla. Para complicar aún más la cosa, el rey de Granada no estaba solo, sino que contaba con la ayuda de cuatro grandes señores castellanos, siervos del rey Alfonso, que habían acudido para cobrar las parias y que habían decidido ponerse de su parte en su ataque contra el rey de Sevilla. Entre ellos nada menos que el poderosísimo conde de La Rioja, García Ordóñez. ¿Se entiende la situación? Dos moros enfrentados y hombres de Alfonso en ambos bandos.

Para Rodrigo, esta era la primera misión que Alfonso le había encomendado en Al-Andalus. García Ordóñez, en cambio, era un veterano acostumbrado a cobrar las parias de su rey por un lado, y sacar su propio beneficio por el otro, de ahí que no tuviese problemas en servir al rey de Granada en sus luchas personales.

Como no podía ser menos, Rodrigo defendió a Al-Mutamid y en Cabra, de donde son los egabrenses, venció al cristiano García Ordóñez para dar la victoria a un rey musulmán.

Tres días tuvo preso Rodrigo al conde. Cuando finalmente lo soltó, se quedó con todos los bienes que traía desde Granada, y con ese botín entró en Sevilla, donde Al-Mutamid celebró su victoria con numerosos regalos que se añadieron a las parias de Alfonso.

Con razón estaba Rodrigo tan feliz y exultante mientras recorría La Mancha camino de Toledo, donde estaba la corte. Llevaba con él el tesoro de tres reyes musulmanes y un conde cristiano, además del brillo de una victoria militar y moral sobre un compatriota traidor.

Rodrigo me contó estas cosas mientras nos bañábamos y luego nos secábamos al sol de mi amada llanura. No quería hacer sangre del vencido, pero se le notaba con ganas de repetir esta primera y tardía victoria militar. O tal vez era la inmensidad de la fortuna que acarrearaba la que ponía un brillo de ambición en sus ojos, que por un momento confundí con codicia.

«Me apetece una fiesta». «¿Ahora?», preguntó. «No –le dije-. Una fiesta en Toledo. El rey Don Alfonso no podrá menos que celebrar un regreso tan triunfal como el vuestro y me gustaría estar presente. Habéis dicho que a mi *Roldán* le falta humanidad y alegría y, quién sabe, quizá Toledo me inspire algo de optimismo y felicidad».

Así hablé a Rodrigo, pidiéndole permiso para acompañarle en su viaje y prometiéndole que no le iba a molestar mucho.

«Ven conmigo, si lo deseas, y con suerte tendrás algo más que contar que una simple fiesta», me dijo Rodrigo, sin saber ni él ni yo entonces que sí tendría eso más, pero que tanto el optimismo como la felicidad estaban a punto de desaparecer durante un tiempo muy, muy largo.

«Una cosa más», me dijo. «¿Sí?», exclamé. «No recuerdo tu nombre, y no pongo en duda que me lo hayas dicho, pero si vas a venir conmigo es mejor que tenga alguna manera de referirme a ti. ¿Cómo te llamas?»

«Cide Hamete Benengeli, mi señor». «Cide! Qué bonito suena. Aunque eso de Berenjena... no sé, no sé». «Hamete, señor, llamadme simplemente Hamete».

MÚSICA:

Sales del pueblo
vas a la ciudad.
Eres artista,
tu sueño es triunfar.

Vas a Toledo,
ciudad imperial.
Ricos y nobles
te conocerán.
Tu gran talento
reconocerán.
Desde Toledo
el salto darás.
En todo el mundo
te van a admirar.
Ídolo seas
rodeado de fans.
Deja tu pueblo,
vete a la ciudad.
Vamos, no pierdas
tu oportunidad.
Di adiós a todos,
renuncia a tu hogar.
Quieres la fama
y la fama tendrás.
Si ella te roza
agárrala ya.
Vete a Toledo
y aprende a luchar.
Muéstrate artista
y haznos gozar.